

el punto intermediario entre esas partes del globo, donde dos razas ávidas de conocerse y tratarse, se detienen, se observan y se tienden la mano.

Las principales religiones profesadas en Egipto son el mahometismo, el cristianismo, el judaísmo y el politeísmo. Sin embargo, puede muy bien y sin exageracion decirse, que todas las religiones están aquí representadas y gozan de la proteccion del gobierno.

El islamismo en las costas africanas del norte no es intolerante ya, como lo fué en el pasado. Los mahometanos se acostumbran de dia en dia á mezclarse con los europeos, de quienes reciben las enseñanzas de la civilizacion y la cultura. Y muchas veces sucede que los mahometanos antes de morir, hagan venir á algunos europeos al derredor de su lecho, para que oren por su alma; porque piensan que es preciso entonar alabanzas á Dios en todas las lenguas.

De esta manera, orientales y europeos, todos encuentran igualmente hospitalario el Egipto, y lo aman. Para aquellos representa esta tierra, la última posesion del islamismo, y al mismo tiempo, el primer país civilizado que encuentran en su viaje al Ocaso, donde les es preciso sacudir el polvo de sus viejas preocupaciones; en tanto que los europeos miran en el Egipto, el puesto avanzado de la civilizacion de Europa, donde la cultura occidental se embellece con la poesía de Oriente, y esta poesía á su turno, se hace mas brillante y agradable, á la influencia de aquella cultura.

No seria malo, concluí yo por decirme interiormente aquella tarde, al pensar estas cosas,—no seria malo que algunos pueblos liberales y cristianos tomasen lecciones de liberalismo de este desventurado país oriental, que gime bajo las garras de los déspotas coronados. Ahora Israel está libre en Egipto, y otras naciones, á semejanza del antiguo Egipto, mantienen á Israel en cautiverio.

CAPITULO X

EL SHEIKH SADDAT

Enero 25 de 1873.

A las ocho de la mañana vino mi dragoman al hotel. Estaba yo entendido en que aquel dia no emprenderiamos excursion ninguna, pues así lo habiamos convenido. Por lo mismo me sorprendió ver á Fortunato, y mucho mas sorprendido quedé, cuando oí que me dijo:

—Mr. Portiló, están dispuestos á la puerta los asnos.

—¿Para qué los queremos hoy? le dije; ¿no hemos convenido en que este dia será de descanso?

—Sí señor, me contestó, pero deseo llevar á vd. á ver al «seikh Saddat.»

—En buena hora, pero ¿quién es ese personaje?

—Uno de los mas notables del Cairo: es un descendiente de Mahoma.

—¡Sangre de Cristo! en ese caso estoy listo: vamos á conocer al vástago ilustre de la familia del profeta.

Y efectivamente, bajé en el acto la escalera, y monté sobre uno de los horricos que nos esperaban en la calle.

Caminando por multitud de callejas, llegamos despues de veinte minutos, á una esquina mas saliente que el resto de la acera, á la vuelta de la que se abria un estrecho paso que me pareció ser el principio de otra calle.

—Hemos llegado, dijo Fortunato.

—¿Cómo es eso? pregunté desmontando; ¿no es esta la entrada de una calle?

—No señor, es la entrada de la casa de Saddat.

—¡Ah! va; pero, digo, Fortunato, se me ocurre una dificultad, ¿por qué venimos aquí? ¿con qué título nos presentamos?

—Mr. Portiló, me respondió el dragoman con serenidad extrema, téngame vd. confianza, y crea que no soy capaz de conducir á vd. á parte ninguna donde pueda salir desairado.

—No lo dudo, le repliqué, pero deseo saber por qué razon puedo entrar aquí sin inconveniente.

—No soy dragoman únicamente, me dijo Fortunato, sino que ejerzo con especialidad la profesion de anticuario. Como tal, tengo que entenderme muy á menudo con los principales personajes de la corte, á quienes los ingleses compran curiosidades árabes por mi intermedio, á precios fabulosos. Pues bien, hace ya mucho tiempo que entro en casa de Saddat para comprarle antigüedades, y como le he proporcionado hacer brillantes negocios, me trata muy bien, y me considera mucho. Ayer lo encontré en la calle y le anuncié la visita de un jóven mexicano para este dia, y me dijo muy amablemente que hoy nos esperaba.

—Bien, Fortunato, adelante, le dije, pensando en mi interior que era bien rara la conducta de todo un descendiente de Mahoma, que no se desdeñaba de comerciar con antigüedades.

Pasada la entrada, nos encontramos en un patio espacioso, en cuyo centro se levantaba una altísima palma. En el fondo habia un pequeño espacio techado á guisa de corredor, donde se encontraban algunos divanes. Entre paréntesis diré que, segun he creído obser-

var, la costumbre de hacer en el medio de las casas patios á manera de jardines, con arquerías en torno, es de origen árabe; pues los romanos dejaban el jardín para el fondo de la casa, y en los países europeos, con excepcion de España, los patios con arquerías y jardín son totalmente desconocidos.—

Sobre uno de los divanes estaba sentado un jóven como de veintiseis años, de tez blanca y sonrosada, ojos negros, barba negra y recortada, frente espaciosa, nariz correcta, y boca pequeña de labios rojos. Su trage consistía en una túnica de seda violeta rayada de negro, ceñida con un cinturón de tafete bordado de oro, albornoz de paño negro del tamaño de la túnica, medias de seda, borceguíes de cuero amarillo, pantuflas rojas de puntas retorcidas, y un ancho turbante blanco, liado arriba de la frente. Aquel jóven tenia en sus manos un rosario cuyas cuentas pasaba maquinalmente con la punta de sus blancos dedos.

Era un hermoso mancebo de tipo árabe perfecto, perezoso y soñoliento, medio recostado en los cojines, y con los piés recogidos sobre el diván.

Algunas personas en pié rodeaban al personaje, y este las escuchaba distraido, y les respondia con suma negligencia. Este jóven era el «sheikh Saddat,» descendiente del profeta Mahoma, y gran dignatario de Egipto.

De seguro mis lectores se preguntarán qué quiere decir «sheikh.» Para satisfacer su natural curiosidad les digo, que «sheikh» en árabe quiere decir señor, amo, gobernante, gefe, y otras muchas cosas que envuelven la idea de autoridad. Así en lo civil como en lo religioso, hay «sheikhs» entre mahometanos. Para terminar, consignaré aquí que abrigo la creencia de que nuestra palabra gefe, no se deriva como se cree, de la voz francesa «chef,» sino de la árabe «sheikh.» Nosotros traducimos en español por «jeque» la palabra «sheikh,» y nótese cómo de «jeque» á «gefe» hay ya pequeñísima distancia.

Tan luego como Saddat nos vió, se levantó de su asiento, y vino á nosotros con suma cortesía, saludándonos á la europea, con un apretón de mano. En seguida nos invitó á que nos sentáramos en el diván.

Fortunato le dijo que era yo el jóven mexicano de quien el día anterior le habia hablado, y él me dió por conducto de Fortunato la bienvenida á su casa. Me preguntó si hacia mucho tiempo estaba en el Cairo, y si pensaba viajar por el Alto Egipto. Dijele que no, y se manifestó asombrado, pues me aseguró que las ruinas de Tébas y Luqsor eran lo mas notable que esta tierra encerraba.

A continuacion me hizo larga série de preguntas sobre mi país. Conocia muy bien la geografia y la historia de México, cosa que me sorprendió, pues los europeos mismos suelen ser en este particular muy ignorantes.

—Murió Juarez, me dijo, ¿lo sabe vd?

—Sí señor, le contesté, estaba yo en Paris cuando publicaron la noticia los periódicos.

—Grande hombre, me dijo, era ese indio. Sin meterme á calificar la justicia ó injusticia de sus actos, lo encuentro extremadamente notable, tanto por haber sabido triunfar de la revolucion social en que se vió envuelto México desde el año de 57 hasta la llegada de los franceses, como por haber resistido á las armas de estos y haber triunfado del imperio de Maximiliano.

—En efecto, le contesté, esos dos hechos por sí solos, hacen conocer la grandeza de alma de Juarez, y ponen en claro su inteligencia excepcional y enérgica. Y tanto mas me sorprende el acertado juicio de vd. cuánto que habla vd. de cosas que han pasado á miles de leguas de distancia.

—Soy muy afecto á saber noticias, me contestó sonriendo, y tuve particular interes en encontrarme al tanto respecto de las cosas de México durante la intervencion francesa. ¿Quién es el presidente actual en su país de vd? prosiguió.

—D. Sebastian Lerdo de Tejada.

—¿Qué clase de hombre es él? ¿tiene los tamaños de Juarez?

—Es de la escuela del último presidente, y fué mucho tiempo su ministro. Corre fama de ser uno de los estadistas mas notables en el mundo. Mucho tiempo habia que una candidatura presidencial no era tan popular como la de Lerdo lo ha sido ahora en México. Hánlo electo los hombres de todos los partidos, y al subir él al poder, los beligerantes de todo el país depusieron las armas. Grandes esperanzas se conciben hoy que tal hombre se encuentra al frente del gobierno.

—Alá quiera que esas esperanzas no salgan burladas.

—Así lo quiera Dios, le contesté.

Saddat sacó de una de las mangas de su albornoz una pequeña cartera, y habiéndome de nuevo preguntado el nombre del presidente, lo escribió con lápiz para no olvidarlo y aprenderlo de memoria.

Confieso que quedé agradablemente sorprendido de la ilustracion de Saddat. ¡Hacia tanto tiempo que no hablaba sino con personas ignorantes y crasamente vulgares!

Entretanto que por medio del intérprete de esta manera conversábamos, tenia yo los ojos clavados en un elegante «musharabieh» que me hacia frente. Los «musharabiehs» son tupidos enverjados de madera que, sobresaliendo del muro, se colocan por la parte exterior de las ventanas. Los intersticios que dejan entre sí los labrados de la verja, son de tal manera pequeños, que la persona que mira al través de ellos, no puede ser vista desde fuera. Con el objeto de dejar penetrar el aire en los aposentos, se abren ventanas en las paredes; pero los «musharabiehs» han sido inventados para que las mujeres no puedan ser visibles para los transeuntes. Es todavía otra precaucion tomada por el celoso oriental para mantener esclavas á sus mujeres.

El «musharabieh» de que hablaba era de trabajo exquisito, formado de pequeñas piezas de madera figurando columnitas, que se tocaban por su base en líneas perpendiculares y horizontales. Los in-